

Un discurso que nada aclara



MUCHOS españoles, y en particular muchos católicos españoles, nada esperaban del discurso del arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal española.

Y no lo esperaban porque conocían la postura de monseñor Tarancón, hombre inteligente y de vis política indudable, pero poco adecuado como dirigente de una Iglesia que debe mirar a un futuro religioso nuevo y no a un presente ni a un porvenir político que se debería enfocar con ese espíritu profético que definía Jeremías en el Antiguo Testamento, y no con palabras diplomáticas. Espíritu profético que debe ser concebido principalmente como una función crítica, sea cual sea la situación de la sociedad, ya que en todas ellas se hace preciso esa labor realizada desde un punto de vista elevado, al que antiguamente se le llamaba "sub specie aeternitatis".

Sinceramente, y aun reconociendo el tono apaciguante del discurso tarancóniano, no lo considero a la altura de las circunstancias religiosas del país. Es la nuestra una sociedad en crisis, en profunda crisis, y necesita por eso mismo una palabra de vida que sepa enfocar lo profundo de la misma con palabras de aliento y de hondo contenido vital religioso.

Es cierto que muchos españoles han abandonado todo contacto con la Iglesia, y no pocos entre ellos se han apartado del cristianismo y aun de toda religión; pero creo que todos piensan que la Iglesia debe plantear seriamente el problema religioso y suministrar un contenido que tenga hondura, si quiere ser por lo menos respetada.

Si esta actitud, sería y profundamente religiosa, no fuese la adoptada por nuestra Iglesia —unida a una defensa auténtica de la libertad para todos sin discriminaciones—, esta comunidad religiosa de tanta influencia positiva o negativa en nuestro país no tendrá nada que hacer en el futuro, por mucho que aguce su ingenio diplomático y su habilidad política con hombres como Tarancón, que pudieron ser quizá meritorios en otros tiempos, pero no representan lo que necesita el catolicismo hoy, ni sobre todo mañana.

El cardenal de Madrid, si sólo se mira la superficie de sus palabras y no su contenido más hondo, ha pronunciado un discurso que tiene estas dos características: la habilidad dialéctica y el sentido político; pero, ¿ha tenido algún sentido religioso? Yo, sinceramente, creo que no.

Por eso de nada valen las palabras pri-

meras de monseñor queriendo escudarse en que él hablaba sólo como obispo. No basta con decirlo para que así resulte. Porque propiamente esta conferencia ha sido una conferencia política. En una palabra: de alta política civil y eclesiástica. Y si no, léanse cuidadosamente sus párrafos y se verá lo que digo. Sus palabras resultan un ágil acoplamiento externo a la situación política actual y a la de un próximo futuro, para que la Iglesia estructural, el "aparato" que diría un marxista, siga perdurando en las mejores condiciones de supervivencia institucional.

Lo otro —el detalle del discurso— puede aceptarse o desecharse, según el punto de vista del espectador, pero no dice nada importante.

Hay hábiles alusiones a situaciones anteriores de nuestra Iglesia española. De esa Iglesia nacional-católica que padecemos sobre todo en los cuarenta años del franquismo, pero que campó también por sus respetos durante el siglo anterior y principios de este. Eufémicamente, el cardenal habla de "identificación y conjunción entre las dimensiones sociopolíticas y las religiosas de nuestra cultura". Y ante este juicio me pregunto por qué estos obispos que ahora ven tan claro la inconveniencia de la confesionalidad del Estado y la unidad político-católica que ellos propugnaron insistentemente, no tuvieron visión de la realidad y no se dieron cuenta del mal que esto entrañaba para el país, para la Iglesia y para el Evangelio. ¿Dónde estaba la función profética de nuestros obispos hace un puñado corto de años? Es preocupante para el católico —y esto necesita replantearse con más profundidad teológica— el tema de la función episcopal, pues de hecho casi siempre se ve un hondo abismo entre lo que se dice ser el episcopado y las características específicas que se afirma que tiene, y lo que en realidad se produce "de facto" la casi totalidad de las veces. ¿Cómo pueden tener esa plena función profética, si prácticamente nunca se la vemos, sino todo lo contrario? Porque generalmente lo que apreciamos en el ejercicio de su papel episcopal es la parsimonia, la complacencia con el poder, la falta de valentía y la ausencia de visión futura. ¿Dónde está, pues, el profetismo episcopal de la mayoría inmensísima de nuestros obispos?

La enumeración, con demasiado triunfalismo, que hace monseñor Tarancón de los documentos episcopales desde 1968 olvida los anteriores, que fueron por lo general expresión de ese execrable nacional-catolicismo que nos dominó por

arte de la ceguera episcopal, y a pesar de su función profética.

Y nada digamos del análisis concreto de los temas que él enumeró como positivos en el recorrido que hizo por esos documentos de los diez últimos años escritos y publicados por nuestra Conferencia Episcopal. La libertad religiosa con dos años de retraso sobre el Concilio, y totalmente insuficiente, pues recortaba más bien que aplicaba las enseñanzas del Vaticano II; la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, que quedó en agua de borrajas; la pretendida renovación del apostolado seglar, que fue totalmente ahogada en 1967 por nuestro episcopado; el triste caso Añoveros, que nadie sabe las entretelas del asunto porque sólo figuró lo exterior, pero apenas nadie se dio cuenta de que moralmente quedó abandonado por sus propios colegas cuando se encontró en dificultad con el régimen franquista. Lo que no considero aceptable es que diga que los movimientos apostólicos especializados "fueron —por un lado— víctimas de la politización y hasta de la manipulación por grupos políticos ajenos a la Iglesia", y —por otro— que se minimice la actuación negativa de la jerarquía eclesiástica —y Tarancón fue uno de ellos— que o hicieron caer o dejaron hacer a sus compañeros en el episcopado, yugulando estas organizaciones apostólicas sin contemplación por el conjunto —y no sólo una minoría— de nuestros obispos en 1967, dos años después del abierto Concilio Vaticano II y en contra de su espíritu y de su letra.

Resulta también un eufemismo el decir que nuestra Iglesia no patrocina ni apoya ningún grupo político, porque de hecho —y por exclusión— en las elecciones del 15 de junio de 1977, el ciudadano ingenuo leyó entre líneas un claro apoyo a la UCD, puesto que cualquier otra postura política mereció —con hábiles palabras— la suspicacia crítica de la jerarquía española en sus documentos oficiales sobre las elecciones. No hace falta decir las cosas directamente para que la gente católica media quede impresionada y elija preferentemente lo que se insinúa.

Lo mejor de la conferencia fue la alusión a la no-necesidad de pactos (léase Concordato o acuerdos parciales entre Iglesia y Estado) para vivir la Iglesia española.

Y ese fue el esperado discurso que, como ya opiné antes, no dijo nada nuevo digno de atención. ■